

SESIÓN DE APERTURA

APROXIMACIÓN DE GALDÓS
AL NOBEL

Pedro Ortiz Armengol

Como es bien sabido, el Premio literario más famoso de los tiempos modernos fue instituido por un gran industrial sueco, y nació de los escrúpulos de conciencia de éste, al haber obtenido —su familia y él mismo— una gran fortuna de las industrias de armamento de varios países: la Rusia zarista, los Estados Unidos y Francia, principalmente.

En 1895, estableció Alfred Nobel unos premios para ciertas especializaciones científicas, a las que añadió otros para premiar la creación literaria y también logros en los esfuerzos en favor de la Paz. La preparación legal, administrativa y económica de un esfuerzo tan grande requirió tiempo, pues era necesario poner en funcionamiento una maquinaria considerable. Nobel falleció al año siguiente, 1896, y ello supuso dilaciones y mayores necesidades de adoptar criterios, en un terreno en el que no existían precedentes. La primera idea fue que los Premios fueran atribuidos por la Academia Sueca —una entidad establecida en Estocolmo a finales del siglo XVIII— lo que ya planteaba dificultades, pues algunos miembros de ésta no eran partidarios de que la Academia aceptase tan honroso encargo, por la responsabilidad que significaba ante la opinión nacional y la internacional: se suponía que iban a existir presiones de un lado y de otro, incidencias y conflictos, y se dudaba de interpretar correctamente el deseo del creador del legado que, en materia literaria, era premiar «tendencias o espíritu idealista». Finalmente la Academia sueca aceptó el encargo.

Era necesaria una cuidadosa reglamentación; establecer un sistema de presentación de candidatos, métodos de apreciación de sus respectivas obras por parte de un Comité de académicos, composición de éste, selección y elaboración de propuestas, decisión final por parte de la Academia, que no estaba obligada a aceptar la propuesta formulada por el Comité. El premiado tenía que ser, necesariamente, un autor vivo en el momento de la designación, y se partía del principio de la «tendencia idealista» del autor, sus méritos morales y profesionales, y sin que fuera determinante su nacionalidad o su idioma de expresión. Los Premios se

pusieron en marcha tras años de preparación; no faltó ningún buen propósito de acertar, y la seriedad que en todos los sentidos ofrecía la culta sociedad de Suecia dio prestigio inmediatamente a unos Premios que significaban un gran honor internacional, además de una importante recompensa económica.

Era un principio generalmente aceptado que la política no iba a intervenir en este terreno y que se iban a hacer los mayores esfuerzos para lograrlo. Y, en ese espíritu, se concedió el primer Premio Nobel de Literatura en el año 1901. Con el transcurso de los años la experiencia fue introduciendo algunas modificaciones en la reglamentación, ampliación del número de personas facultadas para presentar candidatos, retoques en la composición del Comité que estudiaba las propuestas, interpretaciones acerca de algunos aspectos, como el de aclarar el significado de que el Premio pudiera ser compartido por dos autores, etc... Y, con todo, la gestión tan cuidadosamente preparada no pudo estar exenta de críticas, críticas que se formulan desde el propio organismo gestor: el Premio Nobel.

Hemos tenido el honor de establecer un contacto personal con un distinguido miembro de la Academia sueca, el señor Kjell Espmark, que en 1988 presidió el Comité del Premio, con quien mantuvimos una conversación muy grata el pasado mes de enero, en Estocolmo, en la sede de la Academia, y a quien habíamos manifestado previamente nuestro interés en conocer circunstancias de la candidatura presentada en favor de don Benito Pérez Galdós en varios años de la década de 1910. El académico Sr. Espmark atendió nuestros deseos, contestando nuestras preguntas, facilitó fotocopias referentes a la candidatura de Galdós existentes en el Archivo de la Academia, todo lo cual está en la base de lo que acerca de esa aproximación del gran escritor al Nobel incluimos en nuestra biografía del canario. Nadie como el académico Sr. Espmark podía ayudarnos, pues conoce extensamente la historia de estos premios de Literatura —que ya están próximos a cumplir cien años de antigüedad— y es autor de un libro sobre ellos y sobre su evolución, libro preparado mediante investigaciones en el Archivo, abierto con aquel fin por vez primera. El Profesor Espmark nos obsequió con un ejemplar del mismo, en lengua inglesa. Quede aquí consignado nuestro agradecimiento por todo ello.

La aproximación de la candidatura de nuestro escritor se produjo en los años 1912 a 1916, cuando el Premio llevaba en funcionamiento poco más de una decena de años. Nos parece de sumo interés ver lo que el Premio fue en esta primera década, para entrar a continuación en un recuerdo de lo que fueran las gestiones de la candidatura galdosiana, no concluidas con éxito, como es sabido.

Tras cinco años de preparativos jurídicos y administrativos, después de fallecido Alfred Nobel, el Premio de 1901 se concedió al poeta francés Sully Prudhomme, una personalidad bien elegida —autor de una poesía intimista y filosófica, con una preocupación moral, llena de idealismo

y con sentido de la modernidad, según los críticos— y cuya obra fue seleccionada entre 25 candidatos. Hoy ya es público, y así nos lo refiere el Profesor Espmark, que dos fueron los finalistas en el debate académico en el seno del Comité; Prudhomme, el finalmente elegido, y Federico Mistral, el poeta francés renovador de la lengua lemosina —el provenzal que animó el movimiento literario «felibrige» a mediados del siglo XIX— y cuyo poema «Mireio» (1859) fuera la obra cumbre. Los miembros del Comité tuvieron en mucho los méritos poéticos de Mistral, pero el peso de la Academia francesa, que se volcó en favor de Prudhomme, basculó en favor de éste. Pesaba fuertemente el hecho de que la Academia francesa había sido el modelo de la de Suecia, creada en 1786, como recuerda el profesor Espmark.

No habían de ser poetas todos los llamados al Nobel y ello se probó cuando al siguiente año fue atribuido al gran historiador alemán Theodor Mommsen, por su magistral «Historia de Roma». Más tarde se pudo ver que se incorporaban a la lista de honor novelistas, dramaturgos, filósofos, algún político con buena pluma de historiador, pero, con todo, casi cien años de concesión del Premio mostrará lo que ya es sabido: el dominio de la Novela y de la Poesía.

Un cómputo que, inexorablemente, hubo de aparecer pronto fue el de la nacionalidad o —para ser más discretos—, los ámbitos culturales de los agraciados. Tras el «empate» Francia-Alemania de los dos primeros años —las dos grandes potencias culturales del continente europeo a comienzos del siglo, y ambas rivalizando por entonces por ejercer la hegemonía—, el Premio de 1903 fue adjudicado al gran autor de novelas, dramas y poemas B. Bjornson, un noruego, en liza con Ibsen, también noruego, y con el filósofo inglés Herbert Spencer. Forzosamente algunos creyeron ver motivaciones políticas en la concesión, pues hacia el año 1902 se agudizó la crisis que separaría a Noruega de Suecia, lo que era fácil que se reflejara en el Premio correspondiente a 1903. El libro histórico del profesor Espmark admite que la presencia de dos noruegos en las etapas finales de los debates en el Comité del Nobel suponía un gesto «de amistad hacia Noruega» en aquel delicado momento. Se pensó en premiar conjuntamente a Bjornson y a Ibsen, pero se rechazó esta fórmula innovadora. Hay que decir que el elegido fue Bjornson, pese a sus actividades políticas anti-suecas en aquellos momentos, y que Ibsen fue preterido por los «aspectos negativos» de su obra: su crítica social, su escepticismo religioso y por ciertos aspectos de las relaciones entre sexos.

No obtendría Ibsen el Nobel en años posteriores, lo que abrió paso a una cierta crítica sobre los criterios del Nobel, reforzada en esos mismos años por otra sonada exclusión, de comprensión difícil: la de Tolstoi.

Esos casos, y otros, abren paso a la idea de que en ello tenía parte quien durante estos primeros años fue Secretario permanente del Comité: el señor Carlos David Wirsén, de tendencias muy conservadoras, al aplicar el principio de la «tendencia idealista», lo que, a lo largo de varios

años, le permitió orillar a los dos grandes autores citados y también a Zola, a Strindberg, y a otros, por las respectivas ideas acerca de los Estados, las Iglesias, la moral tradicional, etc.... Ya hoy se refiere que Wirsén, en 1906, llegó a obtener el veto del rey de Suecia respecto a cierto candidato. Era difícil negar influencias extra-literarias en las designaciones.

En la del Premio 1904 tuvo lugar una particularidad que ofrece un interés especial y nuevo: el Comité, con Wirsén, estaba casi unánimemente dispuesto a proponer a Mistral, el poeta que había estado muy cerca de ser elegido tres años antes, pero ocurrió que un miembro del Comité, entusiasta del provenzal, acababa de publicar una traducción al sueco del poema «Mireio», y Wirsén estimó que ello era un obstáculo, por lo que propuso, por su parte, a don José de Echegaray. En las votaciones finales ambas candidaturas quedaron empatadas y, en vista de ello, se llegó al compromiso —que hasta entonces se había tratado de evitar— de que el Premio de 1904 fuese compartido, lo que no fue bien visto por todos.

Era el cuarto año de atribución y ya figuraban obras en los idiomas francés, alemán, noruego, español y provenzal. Ello parecía que llamaba la presencia de otras lenguas ausentes; en 1905 fue el polaco, en la obra de Sienkiewicz, autor de la novela universalmente popular «Quo vadis?», y en los años sucesivos en la persona y obra del italiano Carducci y del inglés Rudyard Kipling, lo que añadía universalidad al Premio. El polaco, con su patria ocupada por los rusos y teniendo que vivir prácticamente en el exilio. Carducci, un poeta exaltado y agnóstico. Kipling, con sus connotaciones de energía, originalidad, exotismo, presentaban óptimas imágenes en los años 1905-1907 en que fueron premiados. No deja de sorprendernos hoy que la lengua inglesa no accediese a un Premio Nobel sino en la séptima ocasión en que éste fue concedido.

La atribución del correspondiente a 1908 al filósofo alemán Rudolf Eucken podía parecer una idea de equilibrar la presencia de Francia y Alemania cuando la rivalidad entre París y Berlín se acentuaba en todos los terrenos. El de 1909 fue concedido a la sueca Selma Lagerlöf, primera vez que un escritor de este país aparecía en el rol de honor, en la novena edición del Premio. Ello se debía, en parte, a la oposición que Wirsén había venido mostrando por hallar en esta autora carencia del «idealismo» necesario. El Premio de 1909 venció esta resistencia del Secretario permanente del Comité.

Una candidatura no premiada podía repetirse en años sucesivos, con tal de que los académicos suecos o extranjeros, las Universidades o algunas entidades culturales calificadas las reiterasen. Ha sido plenamente normal que un autor fuese presentado una y otra vez por sus admiradores, y que no fuese nunca elegido, o lo fuese a la enésima vez. Tal ocurrió, por ejemplo, con un caso notable: Bernard Shaw, presente en las listas de candidatos desde 1911, no fue elegido sino en 1926, quince años más tarde.

No tuvo la misma fortuna Benito Pérez Galdós, y vamos a acercarnos a las circunstancias que rodearon su candidatura. En 1910 fue un poeta alemán el designado; al año siguiente, el belga Mauricio Maeterlinck, candidatos desde varios años antes, que finalmente se habían abierto camino en la opinión de los componentes del Comité y en la opinión final de la Academia. La persistencia, la tenacidad de los adeptos era un factor muy importante, como vemos.

Refiere H. Chonon Berkowitz, biógrafo de Galdós, que, en cierta ocasión, al conocer la concesión del Premio, don Benito comentó con algunos amigos que otros autores españoles podían también obtenerlo, lo que fue entendido por alguno de sus oyentes como una sugerencia relativa a su persona.

Nada más natural cuando, a finales de 1911 Galdós era ya el autor de ochenta y tantas novelas y dramas, con centenares de miles de ejemplares vendidos, conocido en gran parte del mundo europeo y americano, con muchas de sus obras traducidas a los principales idiomas, y algunos de sus dramas representados fuera de España. Había realizado ya la casi totalidad de su ingente obra y entraba en años de actividad y de creación muy reducidos, pues precisamente a partir de aquel año 1911 hubo de sufrir operaciones en los ojos para tratar de detener la pérdida de la vista. En el año 12, una segunda intervención quirúrgica detuvo por algún tiempo el deterioro de su ojo derecho...

Como miembro de la Real Academia de la Lengua, don Benito venía recibiendo, desde años atrás, las Circulares del Comité del Premio Nobel de la Academia Sueca, invitando a presentar candidatos al igual que otros académicos. Algunos de estos españoles utilizaron esa facultad para presentar a Galdós, que fue así uno de los 31 optantes al Premio de 1912, presentado por sus colegas en la Academia Española Sellés, Echegaray y por otros que no lo eran, pero lo serían después, como Pícn y Rodríguez Carracido. Además del apoyo del medio millar de miembros del Ateneo de Madrid, pues en esta entidad se había promovido una campaña en favor de la idea. Un testigo presencial, el escritor Tomás Borrás, contará que el 25 de enero del año 13 surgió aquella en un grupo de jóvenes ateneístas y que uno de los más vehementes, Ramón Pérez de Ayala, quedó encargado de redactar el escrito de petición. El autor de «La pata de la raposa» se apartó por unos momentos en un escritorio, allí mismo, y realizó el encargo, invocando «la fertilidad creadora», la abundancia de caracteres literarios tipificados, la «emoción misericordiosa» de las criaturas que describía y las virtudes de «humanidad y de universalidad» patentes en su obra, con otros elogios y encomios, de lo que resultaba que España «ha adquirido conciencia de sí propia en la obra de don Benito Pérez Galdós».

No era éste, en dicho año, el único candidato español. Entre los 31 figuraban otros tres: el Profesor Rafael Altamira, propuesto por el Rectorado de la Universidad de Oviedo; el poeta Salvador Rueda, apoyado por una decena de profesores del Instituto del Cardenal Cisneros, de Madrid,

y el catalán Angel Guimerá, presentado por la Academia de Buenas Letras, de Barcelona, y por el Institut d'Estudis Catalans. Entre los extranjeros, optaban aquel año al Premio algunos que por entonces, o después, fueron famosos escritores: no lo obtuvo en aquel año 1912 el ya citado Bernard Shaw, que hubo de esperar, o Anatole France, que lo obtendría en 1921, o Henri Bergson (1927); y otros famosos que no lo obtendrían nunca.

En el año 1912 se produjo un hecho muy importante en el seno del Comité; el profesor Wirsén cesó como Secretario Permanente, después de once años de influir poderosamente en el mismo, y fue sustituido por el Académico Erik Axel Karlfeldt, lo que supuso un profundo cambio de criterios y de resultados. El primero fue que el novelista alemán Gerhart Hauptmann, no premiado desde años atrás, por el crudo realismo de sus personajes —con temas como el alcoholismo, el incesto— obtuvo el Premio.

Galdós no estaba mal situado para años sucesivos. Se nos ha facilitado un análisis escrito de sus valores literarios, hecho por el académico Björkman, donde se señalan los méritos de sus Novelas históricas, llamadas Novelas Contemporáneas, y los tipos de idealismo quijotesco como «Nazarín» y «Angel Guerra», haciéndose también una amplia referencia al éxito de «Electra» en 1901.

Entre los candidatos para 1913 —entre 28 escritores,— se repiten Galdós, Rueda, Guimerá, con Loti France. Bergson, la italiana Deledda, que había de esperar aún otros catorce años para ser elegida; y aparece un nombre nuevo, que rompe los esquemas hasta entonces existentes, el poeta indio Rabindranat Tagore, un místico de Asia, producto refinado de una de las más antiguas culturas de la Humanidad, que fue el elegido, lo que suponía una conmoción en los cimientos del Premio. La iniciativa era inglesa, y se basó en la traducción al inglés de un poema escrito en bengalí: poco o nada se conocía de otras obras de Tagore.

La universalidad del Premio era todavía muy limitada. Duró años un debate sobre su «eurocentrismo». Baste recordar que los Estados Unidos no contó con premiados sino en la década de los 30, que la América del Sur conocería el primero en 1945, con Gabriela Mistral; los rusos, en especialísimas situaciones, en 1958; el primer africano, en 1986, etc...

1914 supuso una honda crisis al Premio. Consciente Suecia de los conflictos que podían surgir de la concesión de ellos, los suspendió ese año y el siguiente. Se habían presentado candidaturas —aunque en menor número, 24— y entre ellas Galdós, Guimerá y un catedrático de Granada, pero el Premio quedó «reservado». Al considerarse el de 1915, el Comité pudo ver que el número de candidatos había disminuido bastante: solamente 11 —y entre los españoles, dos: Guimerá y Rueda—. Entre los franceses, un candidato primerizo, Romain Rolland. El Comité entendió que debía de ampliar el número de candidatos y puso en lista a 11 candidatos del año anterior, y entre ellos a Galdós. Al hacerlo así, un informe del Comité, que entonces presidía el historiador sueco Hjärne, se

refería a la reparación de una injusticia, y manifestaba que en 1913 «como parece haber conocido la Academia» recibió esta «muchos telegramas» de protesta «en contra de la elección», lo que no se repitió al año siguiente. Leemos el párrafo, que se nos ha traducido del sueco: «Pero cuando la propuesta se volvió a renovar al año siguiente, parece que el movimiento había cesado. Al contrario, las propuestas enviadas mostraban que en esos momentos en España, a nivel bastante general, a pesar de las diferencias de opinión y de las discrepancias entre los partidos, parecía considerar su elección al Premio Nobel no sólo como una bien merecida distinción a él mismo, sino también un honor para su país».

Según este párrafo, oficial, los telegramas contra Galdós evidentemente se produjeron en 1913 pero no, o apenas, en 1914. No es éste lugar ni ocasión para tratar de ello: conocido es el dolido artículo de Unamuno sobre esos telegramas. Hicimos una discreta alusión al Sr. Espmark por si nos era posible verlos, ahora, a ochenta años de distancia, pero tuvimos una discreta respuesta: no se hallaban en lugar muy accesible, en las salas de Archivo de la Academia («in the cellar», se nos dijo) y no insistimos. Es posible que, en un futuro más lejano, un investigador más riguroso, español o no español, tenga acceso a ellos.

Hjärne, el Presidente del Comité, había proclamado, sin ambages, una neutralidad del Premio al estallar la guerra; a ello se debió la suspensión en ese año y en el siguiente; era lo prudente cuando no pocos de los candidatos pertenecían a países en guerra y eran, intelectualmente, beligerantes por sus respectivos países.

La guerra avanzaba y el caso fue que se cambió de idea y el año 16 se reanudó. Se recibieron 23 candidaturas, el Comité añadió otras cinco, de modo que sumasen 28, y entre estas últimas incluyó la de Galdós, a quien presentaba el propio Presidente, Harald Hjärne, y apoyaba fuertemente otro académico, Per Hallström, uno de los más influyentes —sería, en otros momentos, Secretario permanente del Comité, Presidente en otras— el cual, en un dictamen interno del 21 de octubre de 1915 —del que se nos ha facilitado fotocopia— proclamaba que Galdós debería haber recibido el Nobel mucho tiempo antes, y examinaba su gran obra novelística. Pero esa ocasión falló y el Premio de 1916 fue atribuido a Romain Rolland, lo que probaba una vez más los poderes del Secretario Permanente —recordemos que en la ocasión lo era el profesor A. Karlfeldt— pues nos dice el libro de Espmark que «the candidate proposed by Hjärne and the majority on the Committee was Benito Pérez Galdós». Pero Karlfeldt había propuesto, en unión de otros dos profesores, a Romain Rolland, y no fue suficiente que Hjärne defendiese, en los debates del Comité, la tacha de «chauvinismo» que los franceses atribuían a Galdós. Leo simplemente lo que escribe el académico Espmark en la pág. 32, línea 28 y ss.: «The reproaches of chauvinism from the french side were shown to be unjustified, and the accusations of "partiality" for certain historical was said "to have been succesfully refuted"..."»

(Recordemos, entre paréntesis, que Galdós, amigo y admirador decla-

rado de Francia, y muy moderado en sus novelas de la invasión napoleónica, había sido atacado por sus Episodios Nacionales, primera serie.)

Hay que excluir decididamente a Romain Rolland de cualquier manobra contraria a Galdós. Rolland, un «místico y reconcentrado» como se definía a sí mismo; de altísimo sentido moral —lo que le valió odios y conflictos dentro de su propio país, que le obligaron a vivir parte de su vida en Suiza, buscando la paz—, fue un solitario y una gran conciencia que no había deseado competir en 1911 por el Gran Premio de Literatura de la Academia Francesa y había proclamado entonces que «se fueran al diablo todos esos premios»... (Finalmente, dos años más tarde, le fue otorgado). Rolland era un Premio Nobel nato: internacionalista, de inmensa cultura literaria, musical y en artes plásticas, autor ya entonces de una serie de novelas de introspección —el niño, el adolescente, el rebelde, el mundo hallado, los amores, las amistades, los reencuentros y rectificaciones— no había escrito, ni mucho menos, toda su obra, pues aún había de vivir veintiún años más, mientras que Galdós, trece años mayor que él, casi había concluido la suya. El 13 de noviembre de 1916 se concedió el Nobel de 1915 a Romain Rolland —un hombre consternado por la tragedia bélica, y que había escrito una carta abierta a Hauptmann, su casi predecesor en el Premio, protestando de las violencias de la guerra. ¿Tuvo conciencia don Benito, en esas semanas finales de 1916, cuando estaba envuelto en problemas, y en primer lugar su ceguera, y recorriendo triunfalmente los escenarios con «Marianela» representada por Margarita Xirgu, que había rozado la obtención del gran Premio sueco? Cuando se haga la historia detallada de esa gestión, sabremos si cundió el pesimismo en el equipo gestor; el caso fue que todavía en septiembre del año 16 el académico Hjärne había propuesto a Galdós para el Premio que, finalmente, se otorgaría dos meses más tarde a Romain Rolland y, al mismo tiempo, el del año 16 a un poeta sueco.

No nos consta que se repitiera la candidatura aspirando al Premio del año 1917, y ello fue probablemente una discreta medida de prudencia pues —en esos finales de la guerra europea— la Academia Sueca obró con decidida cautela y durante cuatro años o suspendió los Premios o los atribuyó a escritores escandinavos y a un suizo. Posiblemente pasó la oportunidad, aunque don Benito, según el epistolario publicado por Soledad Ortega, aún confiaba en octubre de 1917 en que el Ateneo formulara la solicitud oficial una vez más. Ello dependía de la junta General e instaba Galdós al amigo Pérez de Ayala a que se interesase. Su ilusión seguía viva en noviembre pero, repetimos, no nos consta que se hiciera tal solicitud.

Galdós, ya plena ruina física, dos años después de esta postrera ilusión, cerraba definitivamente su acceso al Nobel. Pasados otros dos años lo obtendría Jacinto Benavente, que había tenido, una década antes, el gesto de renunciar a su candidatura al conocer que en España se iba a presentar a don Benito.

No nos corresponde, por supuesto, comentar los criterios ni los resul-

tados obtenidos por este Premio tan famoso y tan codiciado. Otras personas lo han hecho y no faltan las críticas al respecto. El historiador del Nobel, señor Espmark, recoge no pocas, de diversas procedencias, incluso las surgidas en la propia Academia Sueca; no vamos a mencionar las que se refieren a los españoles premiados en 1904 y 1922, pero sí hemos de mencionar a dos incuestionables ausentes en el primer tercio de este siglo: don Miguel de Unamuno y don José Ortega.

En cuanto a Galdós, en su desmemoria senecta de esos años entre 1912 y su muerte ¿recordó alguna vez aquel relato que hiciera en su juventud, a sus veintitantos años, titulado «Un tribunal literario», donde juzgaba a unos juzgadores?